



QUIMERA

NOVELA POR ENTREGAS

por Antonio Moreno Álvarez

Capítulo 7

Oh, poderoso señor

Abrí los ojos. Los tenía pegajosos, como con un gel o pasta que los rodeaba. Tenía la boca muy seca y una sensación de zumbido constante en la cabeza. No me podía mover ni tenía ánimos para hacerlo. Volví a cerrarlos y me dormí.

La segunda vez que volví a tener consciencia tenía un sueño, una pesadilla más bien, que consistía en un montón de filamentos negros enmarañados como una madeja sin orden ni concierto, mis ojos cada vez se acercaban más y más y seguía habiendo el mismo entramado de filamentos. Un montón de nudos y una maraña angustiosa en un fondo gris infinito. Y me desperté. Estaba tumbado boca arriba en algo liso y duro, pero a la vez que se adaptaba un poco a la forma del cuerpo. Había un montón de aparatos raros encima y a los lados de mí. No podía identificarlos, no sabía si el cubo de cristal con puntos rojos en su interior era una máquina o para qué servía, y lo mismo me sucedía con todo los demás cacharros. Intenté incorporarme y me mareé.

-¿Quiere que le abra la ventana?

La voz provenía de una joven de piel morena que no pasaría de la treintena. El uniforme de enfermera le quedaba un poco holgado pero aún así se le adivinaba una figura impecable. Tenía el pelo de color rojo tostado, cortado y perfectamente fijado con uno de esos sprays de olores curiosos. Estaba de pie, a mi lado, mirándome con ojos interesados. Mientras, apretaba algo en la consola que había en la pared, fuera de mi vista. Un ligero zumbido y parte del techo se descorrió mostrando una vista increíblemente bella y serena. Las estrellas. Al lado de una inmensa pared de color blancuzco que se extendía como un gigantesco tubo cuadrado. Al fondo, el trozo incompleto de una esfera azul brillante.



-¿Cómo se encuentra hoy?
-Muerto –acerté a decir con voz temblorosa.
-Ya es algo. Ayer, ni eso –dijo sonriendo.
-¿Dónde estoy? ¿Cómo...?
-Llevas dos días con nosotros en la Estación Clark-Lanka9.
-En... –no daba crédito a lo que oía.
-...Pero ya te hemos puesto como nuevo, nos llegó un poco desmontado –dijo sonriendo y buscando una sonrisa por mi parte-. ¿Tienes fuerzas para recibir visitas?
-¿Visitas? No sé, un momento... qué hago aquí... –incorporándome en la cama, dándome cuenta que el brazo derecho me dolía muchísimo. Me lo cogí con la mano izquierda y noté algo rígido. Me subí la manga y vi que me habían colocado una placa de metal en el brazo derecho, de unos dos centímetros de ancho y que iba desde el codo hasta la muñeca.

-Les diré que pasen entonces.

Ni siquiera presté atención a la enfermera, comencé a revisarme a ver si encontraba más “sorpresas” médicas. Descubrí un gran vendaje de fibroplasto en la entrepierna, así como una especie de “Y” del mismo material entre la nariz y los ojos. Justo cuando terminaba de tocarme, la puerta siseo y entraron en la sala. Fazzoletti y la “cacatúa”, Laurea Lichie.

-Bonita habitación –dijo la mujer, mirando a su alrededor al entrar. Recordé la voz atiplada de la mujer, seguía con el pelo de color blanquiazul, los labios azules y la nariz tan ganchuda como la última vez que la vi, esta vez llevaba un discreto traje de chaqueta de color gris azulado. Fazzoletti llevaba un traje parduzco y su estatura era bastante menor que la de la mujer, además su complexión delgada le hacía parecer un enclenque al lado de Laurea.

-Soy Fazzoletti, nos vimos en Dune Inc. Confío en que me recordará. Soy el...

-... Enlace del Gobierno. Me acuerdo –dije sin mucho interés.

-Más o menos, en realidad eso no es del todo cierto, soy el enlace del Gobierno pero con la Red. Represento las Naciones-Unidas-en-Red... –dijo el italo con un correcto acento y voz bastante más grave de lo que cabría esperar dada su complexión.

-Me alegro –contesté muy poco interesado.

-Deckard –dijo la mujer echándome un vistazo general-, me alegro que se encuentre mejor. Me han dicho que ahora estará un poco desorientado debido a las operaciones y curas a las que ha sido sometido. También me han informado que remitirá pronto la sensación de confusión.



-¿Qué coño hago aquí? ¿Por qué no me han rematado de una vez y así se quedan tranquilos? Me tenían a su alcance, igual que a –me tembló la voz-...a Michelle.

Los dos cogieron sillas y se sentaron a un lado de la cama, serios. Sin pronunciar palabra durante casi un minuto, supongo que midiendo perfectamente lo que me iban a decir.

-Quiero, queremos que entienda que dentro del Orden hay, digamos, varias líneas de actuación divergentes –dijo con calma Laurea-. También es cierto que en este caso concreto nos interesa llegar todos al mismo objetivo, y que haremos todo lo posible, legal, ilegal, moral o inmoral para conseguirlo.

-¿Pero era necesario matar a Michelle? ¿Por qué? Si sólo es un caso de un skinny, antes o después lo pillaremos. No hacía falta tanta brutalidad, tanta sinrazón... –contesté con voz entre temblorosa e indignada.

-Suponemos que dejó de ser útil para ellos o que había dejado de serles obediente. Y, en fin, no era una pieza tan valiosa viva. A veces, es la única manera de que alguien hable o sirva de prueba viviente... o... –dijo Fazzoletti un poco incómodo, supongo que él no compartía del todo esos métodos salvajes, donde la vida de una persona vale menos que nada.

-Yo sólo quiero escuchar música y trabajar de vez en cuando, a mí déjenme en paz.

-Ojalá fuera tan fácil. Una vez que se ve lo que hay detrás del muro, no se puede volver atrás... –dijo Laurea chasqueando molesta la lengua.

-¿Qué han hecho con El-Abuelo? ¿Cómo me han traído hasta aquí?

-Debe entender que estamos en una posición difícil y que, al igual que hemos resuelto otras crisis en el pasado, ésta también se resolverá. De un modo u otro.

-El-Abuelo está bien –intervino Fazzoletti, al ver que me ponía nervioso por la falta de respuesta-, se encuentra en nuestro departamento. Esta sano, come y ha pedido un ordenador que, por supuesto, se le ha facilitado sin conexión a la red...

-...Sobre cómo llegó hasta aquí –interrumpió la mujer, suspirando profundamente-, aquel local y parte de los edificios colindantes se vino literalmente abajo, seis plantas se derrumbaron, más de cien muertos entre civiles y pacificadores. Usted estaba más allá de los cascotes. Fuimos los primeros en llegar, lo trasladamos aquí en una de nuestras lanzaderas.

-Bien, quiero respuestas, y respuestas claras. Yo responderé con lo que sé y por lo que más quieran, no me vuelvan a hacer las mismas preguntas una y otra vez, no estoy de humor –dije muy serio y mirándolos a los dos alternativamente. Ambos asintieron con la cabeza.

-¿Por qué estoy aquí?

-Es el lugar más seguro que tenemos –dijo la mujer.

-Seguro... contra qué...



Fazzoletti miró de reojo a Laurea y fue éste quien contestó.

-Contra otros departamentos que están también comprometidos en conseguir el mismo objetivo. Detener al skiny.

-¿Por qué es tan importante ese loco para que ande todo el mundo de cabeza?

Esta vez contestó la mujer resoplando antes de contestar.

-Esa pregunta no se la puedo responder. Digamos que...

-Déjelo, se acabó la charla –contesté alzando la voz-, estoy muy cansado de acertijos y quiero respuestas.

-Deckard, volvemos a necesitarlo, mi... nuestros departamentos están interesados en resolver esto de un modo satisfactorio para todos, incluido usted. Lamentamos mucho los últimos hechos que han llevado a la muerte a Stiff, Huang, Norman y Michelle, así como al centenar de cadáveres que había en aquel local, pero debemos, tenemos que detener al skiny –dijo Laurea en tono conciliador.

-Bien, ahora soy yo quien va a poner condiciones, y si alguna de ellas no se cumple, ya me pueden pegar un tiro porque no haré nada, absolutamente nada.

-Estamos autorizados a escuchar sus peticiones –dijo Fazzoletti animado ante mi contestación.

-Respuestas. Y luego, si quieren, pregúntenme lo que quieran. ¿Por qué es tan importante ese jodido skiny?

Ambos se miraron y Fazzoletti rompió el silencio poniendo cara de “al diablo con todo”.

-Resulta que ese skiny tiene poder suficiente como para desmontarlo todo.

-Qué melodramático. ¿Cómo es que tiene tanto poder? –pregunté rascándome el codo derecho, entre la placa y la carne.

-Se lo dimos nosotros –dijo la cacatúa mirándome y enarcando una ceja.

-¿Y por qué demonios tantas preguntas sobre mí y el skiny? Yo no tengo nada, repito, nada que ver con ese tipo.

-Entienda... –dijo el italo lentamente, mirándome a los ojos-, que no sabemos por qué usa sus contraseñas y se dirige a usted. Hay miles de programadores mejores, más brillantes, sin ánimo de ofender, y no entendemos por qué se ha dirigido precisamente a usted... comprenda que en nuestra posición...

-Ya, ya, ¿qué quiere decir que fueron ustedes quienes le dieron tanto poder?



-Esa pregunta no se la puedo responder –dijo la mujer negando con la cabeza-, lo siento.

-Pero si quieren que les ayude, tendrán que darme toda la jodida información posible.

-Si no quiere ayudarnos, simplemente lo quitaremos de en medio - intervino Fazzoletti- y buscaremos a los mejores programadores del planeta, así de simple. De hecho, ya tenemos a una docena trabajando en paralelo, además si usted no “existe”, el skiny no volverá a dirigirse a Deckard, ¿no le parece?

De pronto, sonó un repetido “bip” en la muñeca de Fazzoletti. Rápidamente miró algo en el aparato que llevaba cogido en la muñeca derecha.

-Nos han localizado –le dijo a la mujer, nervioso-. Tenemos que salir de aquí... ¡ya!

-Alto, alto, ¿quién nos ha localizado? –dijo cansado de tanta charla críptica.

Ellos dos se ponían de pie. Laurea, se dio la vuelta y comenzó a hablar con alguien, supongo que a través del implante visual. Fazzoletti sacó del bolsillo un pequeño aparato de metal que no acertaba a identificar y se acercó a la puerta.

-Lo único que les puedo recomendar es que se escondan debajo de la cama –dijo buscando la ironía de todo esto, lo absurdo de toda la situación.

-No nos buscan a nosotros, sino a Deckard –dijo desde la puerta Fazzoletti, mientras hacía algo con el aparato que llevaba en la mano. Un haz de luz azul salió del aparato hacia los circuitos de apertura y cierre de la puerta.

-¡Fazzoletti, no! ¡Había pedido ayuda a mis contactos para salir por la puerta...! –gritó la mujer en tono autoritario.

-Saldremos por otro lado. Lo inesperado es lo mejor en estos casos.

Yo miraba la escena con los brazos cruzados, dónde se pensarían que iba a ir yo en el estado en que me encontraba. Para mis adentros me reía al ver cómo se preocupaban por lo que a mí me parecía inevitable.

-Lo malo es que me hubiera gustado escuchar algo de música antes de morir, en fin, cosas que pasan –dije en voz alta, mirándolos a ellos un poco divertido y asumiendo que éste era mi final.

-¿¡Cómo que lo inesperado?! –dijo nerviosa la mujer, dirigiéndose a Fazzoletti-. Mi departamento lo tenía todo organizado. Además, contando con que activemos a Deckard... ¿después qué?



Un gran golpe se oyó, y se notó, en una de las paredes laterales de la habitación. La sala vibró con fuerza y parecía que algo grande había golpeado al otro lado del muro. Algunos objetos cayeron al suelo. Tras el primer golpe, otros más finos y controlados sonaron, como si un montón de hierros golpearan el casco al otro lado.

-Por eso lo pusimos en esta habitación, Laurea. ¡Vamos, no tenemos mucho tiempo! ¿Qué sabes, cómo va la cosa fuera? –dijo Fazzoletti a Laurea con cierta urgencia.

-Grupos de asalto, pacificadores, robots, en... a cincuenta metros por debajo de nosotros. Supongo que lo deben querer de una pieza, sabiendo que nosotros hemos intervenido...

Fazzoletti, tocó algunas cosas en el aparato que llevaba en la mano y lo apuntó hacia mí. De pronto, noté como si me hubieran echado en la sangre algún tónico con la fuerza de una par de bombas, se me salían los ojos de las órbitas, rebosaba energía por todas las fibras del cuerpo, no me dolía nada y mis músculos respondían con increíble flexibilidad y fuerza. Ni siquiera tuve tiempo de decir palabra, me encontraba contemplándome a mí mismo, saboreando la sensación de tanta energía corporal. De pronto, de la pared donde se habían oído los golpes, cayó un disco de unos dos metros de diámetro por unos sesenta centímetros de grosor. Habían hecho un limpio corte en el casco exterior, en las capas de protección y en la propia pared de la habitación. El trozo cayó con un gran estruendo sobre el suelo aplastando todo lo que pilló debajo. Por el hueco circular que se había hecho, se veía un tubo flexible de color negro, una especie de pasillo provisional que conducía a otra parte.

-¡Vamos, todos dentro! –grito Fazzoletti agitando la mano con nerviosismo.

Salté de la cama tan ágil como un deportista y me metí en el tubo el primero, luego pasaron Fazzoletti y Laurea. Dentro había un par de mujeres con uniforme de los Servicios Ciudadanos Especiales que nos instaban a darnos prisa. El tubo no sólo estaba conectado al exterior de la pared de la estación sino que el otro extremo cerraba el ciclo vital de aire y presión en una escotilla de una lanzadera de carga. Justo cuando estuvimos dentro de la nave, una de las mujeres comenzó a teclear a toda prisa, selló el tubo, cerró la escotilla de seguridad y cortó la unión de la nave con el tubo.

-¡Agárrense! –gritó la mujer que estaba manipulando al lado del cilindro flexible.

A través del pequeño ventanuco de la escotilla de la lanzadera se veía cómo el aire del interior de la habitación que había ocupado hacía pocos



segundos salía a toda velocidad por el hueco que habían creado, así como todos los objetos de la sala que salían disparados a increíble velocidad, con gran violencia, hacia el espacio. La cama golpeó el casco exterior de la nave, así como infinidad de pequeños objetos. Por un momento, pensé que algo iba a romper la ligera cáscara de nuez en la que nos encontrábamos. Pero la otra mujer ya estaba al mando de la lanzadera y la estaba alejando de la estación orbital a toda velocidad. Esta se hacía cada vez más pequeña, nos distanciábamos de ella, mientras algunos objetos nos seguían como fuegos fatuos en el espacio.

-Distancia de seguridad en veinte segundos –dijo la mujer que estaba a los mandos de la lanzadera.

-¿Por qué demonios no me habías contado esto? –dijo Laurea muy enfada al italo.

Fazzoletti se sentó tranquilamente en uno de los asientos que había a los lados del vehículo. Mientras Laurea hablaba y consultaba algo en su bioterminal óptico.

-No ha salido nada mal, ¿verdad? –dijo confiado Fazzoletti, dirigiéndose a Laurea.

-Señor, la camilla está lista, cuando quiera... –dijo la joven que había llevado las labores de abordaje y "ataque".

-Échese, Deckard, le conviene. No podemos mantener este nivel energético en su cuerpo mucho tiempo.

Como una marioneta, hice lo que se me pidió y el italo volvió a pulsar algo en el cacharro que tenía en las manos. De pronto, me sentí extremadamente cansado, volvía a dolerme todo y la entrepierna me sangraba un poco, manchando el fibroplasto un poco. Tardé unos segundos en recobrar el aliento y en volver a sentir mi cuerpo como siempre. El maldito aparato me había hecho algo y ahora lo había deshecho, volviéndome a mi estado normal. La mujer que había extendido la camilla me pasó por encima algo parecido a un bioescáner.

-Constantes bien, tendré que cambiar el fibroplasto de la zona púbica, por lo demás... todo vuelve a la normalidad –dijo dirigiéndose en general a todos los del vehículo.

-Laurea, trabajamos juntos en esto, no me hagas dudar de la decisión de llevar las cosas a nuestra manera. Finger no debe estar de buen humor como para que nosotros discutamos –dijo Fazzoletti en el tono más calmado y calmante del mundo.

-¿Y cuántos planes paralelos tienes? ¿Cuántos que no conozco? –dijo ella malhumorada y sentándose al lado del italo.



El italo la miró y le contestó en tono quedo.

-Uno más. En caso de que me traiciones. Igual que tú lo debes tener.

Esto hizo que la tensión bajara a niveles casi normales. Yo seguía absolutamente manejado por fuerzas que eran mucho mayores que las mías. Comenzaba a sentirme como un estúpido títere dirigido por manos gigantescas. Por todos lados, todos me llevaban por donde querían y yo no podía decidir más allá de lo que estos decidieran. Incluso ahora suponía que me habían debido instalar algún tipo de aparato que les permitía tener control directo sobre mi cuerpo y puede que sobre mi mente.

Volví a recordar la información que recibí de Michelle, volví a pensar en ella. Atrapada, controlada y manipulada desde su propia mente. El sistema definitivo de controlar y dominar a las personas, hasta más allá de lo que antes había sido posible. Ni siquiera podía imaginar que tipo de implantes usarían y cómo funcionarían. Sentía que, como ella, posiblemente terminaría muerto en cualquier callejón cuando dejara de ser útil. Debía tomar alguna decisión, pero debía tomarla con calma e inteligencia. No podía permitirme el lujo de tener estallidos de mal humor y actuar con impaciencia. No podía fiarme de nadie, en ninguna circunstancia, por muchas y buenas palabras que oyera. Ni siquiera podía fiarme de Eve. Era la única que sabía que estaría en el local de Juan, sabía el lugar y la hora. Su doble juego estaba claro. Hablaría con el Jefe, con la coartada perfecta dejándome ver su charla con Solojohnny, así no sospecharía nada, luego me enviaron a Michelle y a los pacificadores, así mataban dos pájaros de un tiro. Maldije mi confianza en la gente, era un estúpido fiándome de la gente. Ahora, ni siquiera sé si El-Abuelo está limpio, no puedo, no me conviene fiarme de nadie.

-A cualquier mujer que trastea por ahí, por lo menos le pregunto su nombre... -le dije sonriendo ligeramente, mientras la mujer me quitaba el fibroplasto para cambiarlo por otro.

-Alisia. ¿Contento? -dijo en tono seco y cortante.

Asentí con la cabeza mientras la mujer dejaba mis partes poco nobles a la vista. Era la primera vez que echaba un vistazo a la herida de esa zona. Tenía un buen corte en la zona donde antes estaba el vello púbico y que ahora habían rasurado con extrema pulcritud. Me puso un poco de un gel rosáceo encima y colocó con extrema eficiencia el nuevo fibroplasto. Suponía que ese debía ser el uniforme de lanzaderas de los Servicios Ciudadanos Especiales, un mono muy holgado de color gris plata con pequeños aros que sobresalían un poco, botas grises y unos aros de metal en cada bocamanga que indicaban el rango. Alisia tenía un aro fino y la otra tenía dos. Debía tener conocimientos médicos por la habilidad con la que se



manejaba. En ese momento recordé una pieza que no encajaba en mi resumen de los últimos días, quién me envió el fichero médico de Michelle y... Si era verdad que Eve vio a Laurea en la piscina, qué hacía allí. Claro que Eve podía haber mentido por algún motivo y en cuanto al misterioso correo sobre Michelle, sólo dos personas sabían que estaba trabajando con un portátil y con claves falsas, el skinny y Eve. Y la mujer aquella del bar, la mentalista... Seguro que llamó para que me quemaran el culo y poder cobrar la recompensa.

-Al menos, no he perdido "nada" –dije señalando con la mirada a la zona genital y volviendo a sonreír a la mujer.

Ella no hizo ni dijo nada. En cuanto terminó se dirigió a la consola de mandos a asistir a su compañera. A través de la escotilla principal se podía ver, en la parte superior, un gran trozo de nuestro planeta azul comenzando a aumentar de tamaño. Brillaba como una joya cián sobre un fondo negro.

-¿Se ha preguntado por qué no gobiernan la lanzadera con órdenes de voz? –dijo Laurea, interrumpiendo mis pensamientos.

-No, pero me apuesto lo que quiera a que me lo va a contar, ¿a qué sí? –le contesté guiñándole un ojo.

-Hace treinta y siete horas el skinny eliminó de toda la red planetaria todos los ficheros de interpretación de voz. Ahora mismo, la red está "sorda" a cualquier orden verbal. Al menos, esta vez sabemos que ha utilizado un programa holográfico para borrar de todas partes los ficheros e intérpretes. Poco a poco va aumentando el caos, casi todo el mundo en todas las máquinas hacía uso del key-voz para todo. Ahora... ¡un verdadero desastre!

-Enséñale el fichero de vídeo que envié... –dijo Fazzoletti mirando fijamente a Laurea.

-¿Crees que es el momento adecuado? –dijo la mujer un tanto insegura.

-Por mí no se preocupen, estoy comodísimo en esta camilla, una sesión de vídeo me animará –dije poniendo los brazos detrás de la cabeza a modo de almohada y mirando uno de los monitores de la nave.

Laurea colocó un cubo de imagen en uno de los terminales y tecleó una secuencia larga de números y letras. Supongo que la cacatúa usaba más contraseñas que yo en la lista de la compra. Me seguía pareciendo divertido ver a todo el mundo usar el teclado manual en lugar del simple teclado de voz. De algún modo, por dentro me reía de lo que estaba haciendo el skinny. La imagen del monitor cambió a un azul intenso, de fondo sonaba levemente un vals, no sabía cuál era pero no era de mis favoritos. En un entorno virtual en el que se podía ver la imagen de un bosque lleno de extraños jardines y con un cielo azul vivo, aparecía uno de



los vactores del primer mensaje. Uno que llevaba una máscara blanca y azul, con los ropajes en diferentes tonos de lila y una larga capa morada que ondulaba majestuosa según el personaje se movía.

-Marcharte debes de mi lado, no sea que presencia tan profana y vulgar mancille honor y riqueza que en mi honor se rinden -dijo el de la máscara blanquiazul a alguien que no se veía en la imagen. Recordé que este vactor hacía el papel de rico y poderoso.

Entró en escena otro vactor, uno que tenía una máscara blanca nacarada y polainas de algo parecido al cuero. Sumiso, implorante ante el rico.

-Oh, poderoso señor, en tus manos mi vida y mi muerte están, yo que sin nacer ya he muerto- arrodillándose-. Apíadate de este humilde pobre, unas migajas nomás bastarán para saciar un estómago vacío.

El rico apoyó la bota en el hombro del que se humillaba ante él y con fuerza empujó hasta hacerlo caer.

-Pobre infeliz, nacido en cuna de paja y con tus huesos a dar en ella irás. Tú que nunca la gloria del poder y la riqueza viste, ¿osas implorar unas migas del poder que con tanto esfuerzo he atesorado? ¿tú que ni para comer fuerzas tienes?

-Señor, nada tengo, nada soy...

En ese instante, entró en escena el skiny con su traje habitual y su sonrisa en el fondo amarillo que era su cara.

-Alto, alto, alto -dijo el skiny mientras la escena se quedaba congelada, vactores, fondo, nubes, árboles, todo quedó paralizado como con una pausa en un cubo de vídeo. El skiny se dirigió al vactor que hacía de pobre y comenzó a hablarle al oído, mientras señalaba y gesticulaba, parecía que daba indicaciones de movimientos y lugares escénicos. Cuando terminó, salió de escena, gritando-. ¡Empezamos desde el principio!

Volvió a entrar en escena el vactor de la máscara blanca y azul, en la misma posición y con los mismos movimientos vistos segundos antes.

-Marcharte debes de mi lado, no sea que con presencia tan profana y vulgar mancilles honor y riqueza que en mi honor se rinden -volvió a repetir.

De nuevo entró en escena el vactor de la máscara blanca nacarada. Ahora erguido y con la frente alta. Comenzó a hablar en tono seguro y con



voz recia.

-Oh, poderoso señor, en tus manos mi vida y mi muerte están, yo que sin nacer ya he muerto –dijo contundente, seguro y mirando cara a cara al rico-. Apiádate de este humilde pobre, unas migajas nomás bastarán para saciar un estómago vacío.

El rico al ver que no puede apoyar la bota en el hombro del otro, mira hacia los lados buscando opciones del director o quizás ideas para improvisar. Por fin, cerrando el puño delante de la cara del pobre comienza a gritar mucho más fuerte y alto que en la versión anterior.

-¡Pobre infeliz, nacido en cuna de paja y con tus huesos a dar en ella irás! Tú que nunca la gloria del poder y la riqueza viste, ¿osas implorar, unas migas del poder que con tanto esfuerzo he atesorado? –levantando la mano amenazadoramente contra el pobre-, ¿tú que ni para comer fuerzas tienes?!

-Señor, nada tengo, nada soy... –bloqueando el golpe que le iba a propinar el rico con la mano y buscando ahora cómo seguir con su papel, dudando-, pero deteniendo tu mano moriré si así ha de ser.

-¡Bien, bien, vamos mejorando! –entró en escena el skinny, dirigiéndose a los vactores-, tenemos que mejorar aún más la escena, pero vamos por buen camino. Ya, ya sé que estáis más tranquilos sin mi presencia, pero tenemos mucho trabajo por delante.

La imagen se volvió en negro y el leve vals desapareció por completo.

-¿Eso es todo? –pregunté a los presentes frunciendo el seño.

Fazzoletti meneó la cabeza lentamente en tono afirmativo.

-¿Y esta vez no llevaba contraseñas, ni claves, ni acertijos? –dije un tanto incrédulo.

-No, esto fue distribuido en toda la red así.

-¿Desde dónde fue enviado? –pregunté incorporándome un poco en la camilla.

-No se sabe, enmascaró todo rastro del envío, sólo sabemos que debió ser generado en la red casi a la vez que se enviaban las órdenes de anular los programas de interpretación de órdenes de voz –dijo Laurea apretando los labios al hablar, un poco seria.

-Los pacificadores nos siguen en una nave rápida de combate, distancia ciento sesenta kilómetros –dijo una de las mujeres que estaba a los mandos de la lanzadera-, nos interceptarán en dos minutos.



-¿Opciones? –dijo Fazzoletti a las oficiales que pilotaban la nave poniéndose de pie.

-¿Qué esperabas, que nos dejaran escapar así como así? –contestó Laurea mirando al nervioso italo y chasqueando la lengua.

-La nave perseguidora está armada y es más rápida. Si consiguiéramos entrar en la atmósfera, podríamos iniciar una caída libre y escapar en las cápsulas de emergencia –dijo Alisia sin mirar hacia atrás, muy ocupada en el control de la lanzadera.

-¿El escáner ve algún resto de chatarra espacial? –dijo Laurea tranquilamente.

-Señora, la chatarra de la órbita de la estación se limpió hace años... –dijo una de las oficiales mirando incrédula a Laurea y a Fazzoletti.

-Sólo en el pasillo espacial hacia la lanzadera, mire fuera de él –dijo ella algo absorta, mientras comprobaba algo en el terminal de su ojo.

-Hay algo, pero nos queda demasiado lejos. Nos alcanzarán mucho antes –intervino Alisia algo malhumorada por la propuesta-. Nos envían un mensaje desde la nave de asalto, que detengamos la nave inmediatamente y nos preparemos para el abordaje.

-¿Este ordenador está en contacto con el de la otra nave? –pregunté incorporado desde la camilla.

Las pilotos miraron al italo y a la cacatúa como esperando la orden de si contestarme o no. Fazzoletti asintió ligeramente con la cabeza.

-Sí, claro –dijo por fin Alisia con cara adusta.

-Bien, entonces, vamos a jugar –me levanté lo mejor que pude, al ver que me costaba andar, Fazzoletti y Laurea me cogieron de ambos brazos y me ayudaron a arrastrarme hasta la consola del ordenador de abordo.

-¿Qué es lo que va a hacer? –intervino una de las pilotos, la que supongo sería la oficial responsable de la nave.

-Nada. Jugar –dije guiñándole un ojo y esforzándome por seguir de pie ante el teclado-. Tú dime cuánto tiempo nos va quedando, ¿vale?

Entré en el sistema de comunicaciones de la nave, abrí una sesión nueva y puse a trabajar un pequeño programa de búsqueda de claves.

-Un minuto –dijo Alisia.

-No sé si me va a dar tiempo. ¿Cómo te llamas, mujer de pelo rosa? –pregunté dirigiéndome a la otra piloto.

-Teniente de los Servicios Ciudadanos Especiales Harira.

-¿Podemos ganar algo más de tiempo, Harira? –dije mientras seguía tecleando rápidamente.

-Como no tengas escondida en el bolsillo una máquina del tiempo –dijo la oficial.



No dije nada, pero sabía que no me iba a dar tiempo, aún así lo seguía intentando. Quería pillar el número clave de la nave que nos perseguía y conseguir controlarla, pero...

-Cuarenta y cinco segundos.

Los jodidos pacificadores lo tenían todo bien encriptado. Me daba cuenta de que era una perfecta estupidez seguir intentándolo.

-No me dará tiempo, maldita sea –dije cogiéndome el fibroplasto ante la punzada de dolor que casi me hizo tambalearme-. ¿Y si lanzamos las chalupas y dejamos la nave a la deriva, apagamos el ordenador y lo cerramos todo?

-Necesitamos el ordenador para el aire y presión de la cabina –dijo Alisia.

-Treinta segundos, contacto visual –dijo Alisia.

-¡Los trajes! Podemos usar los trajes, y apagarlo todo realmente –dijo Harira rápidamente-. Es la única opción, sin garantías de que aún así no decidan abordar la nave.

Sin consultar nada con nadie, Harira lanzó las chalupas y comenzó a teclear.

-Ayuda a colocar los trajes presurizados a los tres –dijo la oficial a Alisia que contestó sin inmutarse bajando una vez la cabeza-. El problema vendrá después cuando intentemos recuperar el control de la nave, pero, bueno, ese será otro problema en otro momento.

Alisia, sacó de un compartimento unos trajes azules de una pieza y con una abertura neumática en la parte frontal, parecidos a unos monos pesados de una textura parecida al plástico, recios y flexibles. Comenzó por mí, me puso la parte de abajo que incluía el calzado, luego los brazos y cerró rápidamente la parte frontal con un siseo neumático.

-Cierro el ordenador, luces, comunicaciones, dejo la señal del radiofaro simulando una salida de emergencia. La presión bajará gradualmente, así como el oxígeno. La nave está a cien metros de nosotros, detenida, espero que se lo traguen –dijo Harira mientras todas las luces se apagaban y sólo quedaba una luz roja en la consola, supongo que era el radiofaro, luego se dio la vuelta y comenzó a ayudar a Laurea a colocarse el traje.

Yo ya tenía puesto el traje, que incluía un casco de metal plástico, todo listo. Cansado como estaba, me senté lo mejor que pude en la camilla



y me puse a esperar. Harira estaba poniéndole el traje a Laurea y Alisia a Fazzoletti. En ese momento me di cuenta que esas dos mujeres se estaban sacrificando por los tripulantes de la nave, no sabía si les daría tiempo de colocarse ellas solas el traje. Pensé que si moría, todos mis problemas habrían acabado, y que quizás era lo mejor, lo más saludable para mí, o esto jamás acabaría. Lo que comenzó siendo un trabajo casi rutinario había ocasionado demasiado dolor y muerte a mi alrededor, pensé en el v-watch de Juan, pensé en él... y me sentí profundamente triste. Laurea y Fazzoletti ya estaban equipados, y ahora Harira ayudaba a Alisia.

-No hay tiempo. Teniente... –protestaba Alisia a su oficial superior.

Ambas respiraban con cierta dificultad y de sus oídos comenzaba a salir un ligero hilo de sangre. Me quedé absolutamente impresionado por la eficiencia y rigurosidad de sus acciones. Harira no contestó y continuó terminando de colocarle el traje a su subordinada. Cuando terminó de colocarle el casco, ambas sangraban por los oídos y la nariz. Para cuando la oficial comenzó a colocarse el traje, la presión fuera debía haberse debilitado bastante. Aunque Harira intentaba ayudarle, los anchos guantes le impedían mover con facilidad algunas partes del traje. Ambas se giraron por un instante y vi tras el casco transparente de Alisia la sangre de la nariz que llegaba hasta la barbilla y en los ojos me pareció ver una lágrima, pero no estaba seguro. De pronto, Harira se apretó con fuerza la mano en el pecho a la altura del corazón, sangraba por la nariz, oído, boca y una mancha de sangre se apreciaba en la parte trasera de su uniforme en la unión de las piernas con el tronco. Cayó al suelo y Alisia se apresuraba a colocarle lo único que le faltaba, el casco. Con gran esfuerzo levantaba la cabeza de ella con una mano e intentaba introducirla en el casco. Cuando por fin lo consiguió y selló el traje, la teniente no se movía. En ese momento, Laurea nos hacía señas desde una escotilla donde estaba mirando. Como las comunicaciones estaban cortadas, no nos podíamos comunicar entre nosotros por las radios internas. Me levanté y me acerqué con Fazzoletti hacia la escotilla cuando empecé a notar que me costaba algo menos andar. Desde la escotilla vimos la nave de los pacificadores, se dirigía a toda velocidad tras las chalupas. Este truco, sólo serviría durante el tiempo que duraran las pequeñas naves de escape. Cuando entraran en la atmósfera supongo que todas se fundirían en la reentrada. Así que volverían a revisar esta nave a la deriva.

-¿Cuánto tiempo tardarían, cinco, seis minutos...diez? –me preguntaba viendo la precariedad de nuestra situación.

Me di la vuelta y vi que Alisia había acercado a la teniente hasta un panel, le había atornillado un tubo en uno de los conectores frontales y le hacía entrar manualmente algo, no sé si más oxígeno o algún gas



transparente. Me acerqué a ella, y fue entonces cuando me di cuenta de que flotaba ligeramente en el suelo, la gravedad estaba remitiendo también. No me costó mucho esfuerzo llegar hasta ella. Una vez allí, con gestos, le indiqué que le ayudaría con lo que estaba haciendo. Me indicó que girara una manivela azul constantemente. Ella se levantó con extrema agilidad y se acercó flotando hacia la escotilla principal; desde allí se veía la Tierra, grande, cubriendo todo el espacio visual, la luz azul del planeta era la que nos permitía ver en el interior de la nave. Luego se acercó de un salto hasta la escotilla donde estaban mirando Laurea y Fazzoletti. Volvió al panel de mandos principal y conectó algo, algunas partes de las consolas volvieron a encenderse y noté un ligero tirón en la nave, menos mal que me agarré con fuerza a la manivela, si no habría llegado al final de la nave. Harira se quedó flotando enganchada al tubo que tenía conectado, inerte. Detrás, Fazzoletti y Laurea estaban agarrados a algunas partes salientes de la nave. Nos volvíamos a mover. Ella se giró hacia atrás y le indicó por señas a Fazzoletti que ocupara mi posición y actividad; y a mí que me acercara hasta ella. Cuando Fazzoletti siguió moviendo la manivela azul, me dirigí lo mejor que pude hasta la consola. Como había quedado con la cabeza tocando al techo y me iba lentamente hacia atrás, Alisia me agarró de una pierna y tiró de mí hacia abajo. Me agarré a una barra que recorría toda la consola principal. Ambos nos sentamos en los sillones y ella me indicó cómo abrocharme los extraños cinturones. Comenzó a teclear y me di cuenta de que estaba escribiendo en una consola. "Debe ayudarme en la reentrada, estamos a pocos minutos de hacerlo, aún podemos escapar. Haga exactamente lo que diga y cómo se lo indique, ¿de acuerdo?"

Asentí con la cabeza y comenzaron mis clases aceleradas de reentradas en atmósferas. En un momento, tecleé una pregunta que ella vio en su monitor. "¿Por qué no restauras el aire y la presión?" Meneando la cabeza en sentido negativo, tecleó: "Habría que purgar el sistema de aire y de presión, esto no está diseñado para lo que hemos hecho?" Asentí y seguí leyendo sus sencillas instrucciones sobre lo que tenía que hacer para entrar con "buen pie" en la atmósfera. Faltaban pocos segundos y ella hizo que la nave girara ligeramente, lo justo para que dentro se notara. Yo tenía que apretar un par de botones cuando en la pantalla saliera el código F-34. Así lo hice y ahora tenía que esperar que se encendieran dos pilotos verdes en mi parte de consola, entonces tenía que mover un pequeño dial hasta que marcara 23.425. Eso me llevó mucho tiempo, ya que los guantes dificultaban mucho la acción. Alisia negaba con la cabeza mostrando disgusto, al ver el tiempo que tardaba en llegar a ese número.

Tras un buen rato de espera y de ver cómo ella no paraba de hacer anotaciones en el ordenador y de pulsar teclas, comenzamos a entrar en la atmósfera terrestre. Tras darle a un par de botones, el cristal de la escotilla delantera se hizo más opaco y apenas si se veía lo que sucedía afuera, pero



se podían ver las líneas de calor recorriendo el morro de la nave hacia la parte trasera. Miré hacia atrás y Fazzoletti había dejado de darle a la rueda y se agarraba con fuerza a una barra que había al lado de Harira, Laurea estaba sentada agarrada con ambas manos a los barrotes de cada asiento. En la pequeña lanzadera todo vibraba como si se fuera a desmontar. Me preguntaba dónde demonios caeríamos y si alguien iría a buscarnos. Y en ese caso, quién sería el primero en llegar. Los pacificadores, la gente de Laurea y Fazzoletti o alguna tercera parte. En ese instante, la vista se me llenó de pequeñas lucecitas de colores y todo se hizo borroso. Una punzada de dolor me recorrió la entrepierna y me mareé.

Cuando desperté, sólo oía el sonido del crepitar de las llamas en alguna parte. Fuera, ya en tierra firme, se veía una larga pista de aterrizaje, aunque estábamos inclinados y la mitad de la lanzadera estaba en el césped. Estaba amaneciendo y el sol salía por la izquierda. Alrededor había un montón de gente que se afanaba en apagar el fuego con alguna pasta azul semitransparente. A mi izquierda, Alisia estaba inconsciente, en el asiento, con los cinturones puestos. Detrás, Harira seguía tendida en el suelo. Al fondo de la lanzadera, tumbados e inmóviles, estaban Laurea y Fazzoletti. Medio atontado, intenté quitarme los malditos cinturones. Maldecía mientras intentaba ver la absurda combinación de palancas y servoamarres para poder desembarazarme de lo que me aprisionaba al sillón de la nave. Todavía no había terminado de soltarme, cuando la puerta exterior de la nave se abrió.

Dos pacificadores entraron con armas en la mano. Uno de ellos se acercó a mí y me movió el casco para mirarme cara a cara, dijo algo, pero no se oía nada dentro del maldito traje presurizado. Sin demasiado interés, apuntó su arma hacia Alisia y disparó. Un haz blanco salió de su arma y cuando miré, la mujer tenía un agujero en su traje del tamaño de un puño que atravesaba su cuerpo y parte del sillón. El pacificador me quitó los cinturones y me cogió del brazo para levantarme, las piernas me flaqueaban y me mantuvo de pie. Pude ver cómo el otro pacificador mataba a Laurea, a Fazzoletti y remataba a la moribunda Harira. A tirones, me sacó de la nave. Fuera había un montón de pacificadores. Dos de ellos se acercaron a mí y me quitaron el casco. Sin mediar palabra me metieron en un vehículo de transporte, acompañado por seis pacificadores armados hasta los dientes. Yo ni tenía ganas de hablar ni tenía nada que decir. Alisia conseguiría aterrizar, supongo que con sus últimas fuerzas, aunque el aterrizaje no fuera de los más limpios, habíamos sobrevivido. Tanto esfuerzo, tanta determinación fulminados sólo apretando el disparador de una de esas armas. Incluso el esfuerzo de Laurea y Fazzoletti no había servido para nada. Me sentía exhausto y débil, así que conmigo podrían hacer lo que quisieran. Si me hubieran dado a elegir habría elegido una muerte silenciosa y rápida. Aunque por la sensación de humedad que tenía en las



piernas, ya habría perdido bastante sangre como para que en cualquier momento me quedara dormido para siempre.

Autor: Antonio Moreno Álvarez; Sevilla, España.

***Quimera*. Novela inédita por entregas. Capítulo 7.**

Hyperespacio Andrómeda. www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:

Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.